

DE GASO

Montevideo, Julio de 1923.

N.º 61 — Año VII



Grabado en madera de Federico Espina.

P A S T E U R

Conferencia dada en el Salón de Actos Públicos de la Universidad de Montevideo, bajo el patrocinio del Comité «France Amérique» del Uruguay.

Cerca de Albiain, en el Departamento del Junín, hay una pequeña ciudad, serena y pacífica, llamada Dôle, en cuyas estrechas y empinadas calles se pueden ver, entre simples casas paisanas, algunas vetustas y nobles construcciones que denuncian una arquitectura que nos es familiar. Es que la ciudad de Dôle, como todo el Franco Condado, fué dominada en nombre de su rey, por príncipes y soldados de España durante largos años, desde la abdicación de Carlos V hasta su unión con Francia, bajo Luis XIV. Y los vestigios de esa época se reconocen en la luz de otro sol, que háy en el mirar profundo de las mujeres, en la altivez con que los hombres siguen su destino en la paz y en la guerra, y en las clásicas rejjas que lucen las ventanas.

El subsuelo de un viejo edificio es llamado aún el Reducto del Infierno, porque los burgueses de la ciudad supieron morir hasta el último antes de entregarse al enemigo.

Es el mismo rasgo de entereza, que se encuentra iluminado por el genio, en el carácter inflexible de un hijo de Dôle: Luis Pasteur.

Descendientes de paisanos trabajadores de la Ho-

rra, y de obreros, familiarizado con el esfuerzo que una dura vida d6 fatigas sin tregua impuso a los suyos, Luis Pasteur tuvo por herencia las virtudes tradicionales de su raza, el esp6ritu de trabajo y de m6todo, el sentido de la medida y de los matices, la tenacidad, el poder de observaci6n, una alta probidad. Pero a todo ello, que recibid6 por cuenta de lo que tan justamente se ha llamado el sindicato ancestral una d6tina generosa y justa, agreg6, en su cuna, como en las leyendas, en su humilde cuna de hijo de obreros, lo que no se hereda ni se adquiere: el Gemo.

El padre de Pasteur, envidor de oficio, habia sido soldado del Imperio, en el 3.º de l6nea, en ese famoso regimiento bautizado "el bravo entre los bravos". Su bandera se cubri6 de gloria en las campañas de Alemania y de Espaņa y en los combates de Bar-sur-Aube y de Arcy-sur-Aube, donde el sargento Pasteur gan6 su Legi6n de Honor.

A la cada del Imperio el regimiento fu6 disuelto, y el sargento Pasteur volvi6 a su casa trayendo, con la amargura de la derrota, un poco de gloria de Austerlitz. Sin duda no present6 en su reserva alguna de semi-soldado, que no era en casa iba a salir un gemo m6s grande que el gran emperador, porque estaba llamado a hacer resplandecer esas de gloria sobre su patria y sobre la humanidad entera, sin hacer derramar ni sangre ni l6grimas.

Luis Pasteur fu6 a Par6s para seguir en un internato sus estudios. Modesto estudiante de provincia, recibid6 una profunda impresi6n al conocer por vez primera la gran ciudad, al cambiar la serena vida patriarcal de Arbois por la formidable trepidaci6n de trabajo, de ambiciones, de placeres, de misterios y de dolores de la ciudad inmensa.

Dej6me narrar aqu6 un hecho que marca la sensibilidad del sabio, la misma dulce sensibilidad que

reconoceréis más tarde cuando lo veáis temblar por la suerte de sus enfermos o por el sufrimiento de sus animales de experiencia.

Pasteur extrañaba profundamente el medio familiar, y en plena nostalgia, decía a un amigo íntimo: "¡Ah, si pudiera respirar, aunque fuera una hora, el aire del taller de la calle des Tanneurs!" Su invocación no tardó en surtir efecto, y un día, en momentos que se dirigía a la puerta del internato, vio aproximarse un hombre de sencilla y noble figura, la levita negra cruzada, en la solapa la Legión de Honor. Era su padre, que movido por análogos sentimientos, venía a buscar al hijo. Sin darse explicaciones, traicionados ambos por el mismo hondo afecto, tomaron juntos el camino de Arbois.

Y la modesta casa del curtidor volvió a conocer las veladas de amor familiar, y una vez más a la luz del hogar, la madre infatigable continuaba su tejido y el soldado hablaba al hijo de las gloriosas paradas.

Acaso en este puro hogar se encendió la llama interior que animó las decisiones de Louis Pasteur, que sostuvo sus fervorosos entusiasmos y que iluminó, con fuego sagrado, la senda de su vida fecunda.

Así lo pensó él mismo, evocando, un día de gloria y de reconocimiento nacional, a su padre y a su madre, en términos que voy a repetir ante vosotros respetando su noble belleza.

"¡Oh, mi padre y mi madre! ¡Oh, queridos desaparecidos que habéis vivido tan modestamente en esta humilde casa; es a vosotros a quienes os debo todo! ¡Tus entusiasmos, valerosa madre, los has hecho vivir en mí. Si siempre he asociado la grandeza de la ciencia a la grandeza de la patria, es que me sentí impregnado de los sentimientos que tú me habías inspirado! ¡Y tú, querido padre, cuya vida fue tan ruda como tu rudo oficio, tú has mostrado lo que puede

hacer la paciencia en los largos esfuerzos! Es a ti a quien debo la tenacidad en el trabajo cotidiano. ¡No solamente tú tenías las cualidades de perseverancia que hacen las vidas útiles; tú sabías, también, admirar los grandes hombres, y las grandes cosas! ¡Mirar hacia arriba, aprender cada vez más, tratar de elevarse, he ahí lo que he aprendido de ti!

Sed benditos, uno y otro, mis queridos padres, por lo que habéis sido y dejadme ofrecer hoy el homenaje hecho a esta casa."

.
.

La obra de Pasteur, multiforme y diversa, so encadena, sin embargo, lógicamente. Empezada en el terreno de la química, se termina dando las soluciones definitivas a los más arduos problemas de la biología, de la medicina y de la cirugía, y en su curso ilumina, con el resplandor del genio, las industrias, la ganadería, la agricultura. Obra singular que no sólo marca una etapa en el progreso del conocimiento y una disminución del sufrimiento humano, sino que se traduce también en el orden material por millones y millones ganados para el bienestar del mundo.

Mientras los médicos de la época vivieron del concepto anatómico, mientras los hombres de laboratorio como el ilustre Claude Bernard, vivieron el concepto fisiológico, Pasteur, que no era ni médico ni fisiólogo, entra por la senda de la química en la biología, y estudiando, con impecable método, los seres infinitamente pequeños, descubre perspectivas insospechadas de la vida y de la muerte.

Lo que acaso sorprende más en Pasteur, es la modalidad profundamente humana de su genio. A pri-

mera vista no parece dotado de condiciones excepcionales; alumno, no fué precoz, y sus clasificaciones no fueron deslumbrantes; joven maestro, no busó imponerse por un golpe de vista superior o por una prestigiosa originalidad verbal; gran sabio, coronó su vida laboriosa con esfuerzos generosos en bien de la humanidad. No es el semidiós que posee recursos inaccesibles a los mortales. No es ni Pascal, ni Buonarotti, ni Bonnaparte. El genio de Pasteur se disimuló siempre en el trabajo, se manifestó siempre en medio de un esfuerzo ininterrumpido, que jamás pudo decirse con más razón: "el genio es una larga paciencia". Motivo de más para estudiar su vida, no sólo para admirarla y rendirle el tributo que merece, sino también para imitarla, "porque de los grandes hombres que han marcado su pasaje con un rayo de luz perdurable, recojamos, placidamente, para enseñanza de la posteridad, hasta los menores actos, hasta las menores palabras, a fin de conocer los estímulos que movieron sus grandes almas".

Los trabajos isotales de Pasteur

Los más pequeños hechos tienen consecuencias incalculables. Los estudios de Pasteur sobre la cristalografía no podían a primera vista tener más consecuencia que enriquecer un capítulo árido de una ciencia especial. En realidad, constituyen la base de la doctrina científica más revolucionaria que haya salido del intelecto humano.

He aquí sucintamente expuesta la cuestión. Ciertas sustancias tienen el poder de desviar el plano de la luz polarizada. Entre esas sustancias, los tartratos, derivados del ácido tártrico, desvían el plano de la luz polarizada hacia la derecha. Era un hecho, y no había en él nada de anormal. Pero el problema se

hacía más complicado, cuando se vió que una sustancia con análoga forma cristalina, con la misma composición química, el paratartrato, no desviaba la luz polarizada, es decir, era indiferente.

Esto era lo que, en química, se conoció con el nombre de problema de *Mislerlich*, y los sabios de la época habían envejecido sin encontrar la solución clara del fenómeno. Después de serios y pacientes trabajos, Pasteur encontró la explicación: hay dos clases de tartratos, uno izquierdo y otro derecho. La mezcla de ambos es inactiva, y la diferencia entre ellos está en el tallado de sus facetas. Pero esa diferencia no sólo está en las formas cristalinas, sino que persistió en las moléculas mismas; de ahí que subsiste en las soluciones. A la asimetría cristalográfica corresponde la asimetría molecular.

Pasteur experimentó una fuerte emoción al darse cuenta que había encontrado la solución ansiada; y cuentan los viejos cronistas del Barrio Latino, -que abandonó lleno de entusiasmo el laboratorio, y tomando del brazo al primer pasante del Jardín de Luxemburgo, de ese dulce jardín, testigo de tantas glorias y de tantas desilusiones, le narró con calor su triunfante hallazgo. Solamente después se decidió a comunicar sus resultados al gran químico *Biot*, venerable maestro, quien no quería salir de su escepticismo hasta que vió por sus propios ojos, y entonces, temblando de emoción, dijo: "Pasteur, he querido tanto la ciencia durante mi vida, que el corazón me salta en el pecho al comprobar este descubrimiento, que tanto había buscado".

Dejemos, señores, de lado las considerables consecuencias que en el terreno de la estereoquímica tuvo

ron las constataciones de Pasteur, para seguir la vía gloriosa marcada por el sabio.

Acabo de decir que en los paratartratos que no desvían la luz polarizada, existen dos clases de substancias activas, una hacia la izquierda, la otra hacia la derecha. Esas substancias, como Pasteur lo había hecho, pueden ser separadas la una de la otra, por varios métodos; pero ese trabajo de separación puede ser también realizado por seres infinitamente pequeños, por fermentos figurados, por verdaderos microbios, para emplear una palabra más usual. Y al señalar este hecho, Pasteur franquea el umbral ante el cual se había detenido el genio de Lavoisier.

Comprended vosotros mismos la importancia de esta noción de los infinitamente pequeños, introducida por primera vez a la ciencia; pensad que esos minúsculos seres que separan los cristales son semejantes a los que presiden las fermentaciones, a los que producen la putrefacción, a los que producen las enfermedades del hombre y de los animales! He ahí la senda fecunda. Esas multitudes de seres infinitamente pequeños, de microbios, como los llamó Sedillot, eran completamente ignoradas. Diversos investigadores habían hablado, sin embargo, vagamente de su existencia —“porque no hay más ideas nuevas en el mundo que árboles sin raíces en una selva”— pero fue Pasteur, el gran animador de la nueva doctrina, quien demostró que esos microbios invisibles se encuentran en el aire, en el suelo, en el agua y que mezclando constantemente sus vísceras a las de los demás seres, son capaces de originar conflictos cuyo resultado es la enfermedad y la muerte.

Pero dejadme agregar, para precisar el problema, que esos microbios no son exclusivamente nocivos, y que tienen otros empleos útiles en la armonía universal, independientemente de su accidental tarea de

muerte. A la existencia de esos seres, está opeditada la persistencia de la vida en la superficie del globo; ellos son los mantenedores invisibles del ciclo ininterrumpido de la materia; ellos son los obreros que sin cesar vuelven al reino mineral y a la atmósfera todo lo que ha cesado de vivir. Gracias a ellos la muerte no es más que una etapa en la evolución de la vida.

En sus estudios sobre las fermentaciones y la putrefacción, Pasteur había establecido la influencia de los gérmenes microscópicos y había presentado su intervención en la producción de las enfermedades transmisibles. Es en este período decisivo de sus investigaciones cuando Pasteur, certificando con una experiencia cada secreto arriancado a la naturaleza, niega la generación espontánea, conmoviendo así las bases de la ciencia de la época y haciendo estallar los dogmas que parecían mejor establecidos.

La suerte de los innovadores y de los hombres superiores está escrita en la historia de la humanidad. Antes que lleguen a imponerse tienen que luchar con un complot de resistencias que empiezan en los enemigos envidiosos y terminan en los rivales apasionados. Así, contra Pasteur, se elevaron, bajo la dirección de un miembro del Instituto Pouchet, los más crueles, los más injustos ataques. Los hombres que hacían autoridad y veían tambalear con su ciencia sus prestigios, emplearon todas las furias verbales de que eran capaces, para hacer caer al innovador, en medio de un coro de diatribas. Pero pasemos sobre estas lamentables miserias. "Esas resistencias también formarán un día en el cortejo de la gloria".

Luis Pasteur encontró, en esas horas de ardiente lucha, en su temple incomparable, las fuerzas necesarias para hacer triunfar la verdad, y con las pruebas concluyentes de sus asertos, con los matraces vírgenes de toda contaminación, en una esterilidad abso-

luta y continuada hasta el día de hoy, en que se conservan guardados como reliquias sagradas, pudo demostrar que en ninguna circunstancia conocida en la actualidad, los gérmenes pueden producirse sino provienen de otros gérmenes semejantes. "Aquellos que pretenden otra cosa, han sido el juguete de ilusiones o errores".

Al sentar ese principio que domina hoy la ciencia, y al cual se deben centenares de miles de vidas humanas, no se atacaba ninguna doctrina filosófica, ni se discutía el problema del origen de las especies, sino que se echaban los fundamentos de la higiene, de la profilaxis y de la medicina modernas.

Las enfermedades del gusano de seda

Los gérmenes llenan, pues, todos los rincones en la superficie del globo, pero ellos producen también la enfermedad y la muerte!

En 1865, el gran químico Dumas, por el cual Pasteur tenía veneración y gratitud, vino a ofrecerle en nombre del Gobierno Francés una misión científica, con objeto de estudiar la peste que diezmaba la cultura del gusano de seda. En un año las pérdidas materiales sobrepasaron 100 millones de francos. Una de las más ricas industrias de Francia se encontraba al borde de la ruina. El sabio dudó; de un lado, sus trabajos en curso, su laboratorio en plena actividad, su programa de investigación bien afirmado; de otro lado, un tema que ora para él completamente nuevo y que no parecía tener relación con su especialidad. La duda se explicaba, pero el interés del país estaba por medio. Pasteur fué a donde le llamaba su patriótico deber. No solamente no conocía la cuestión, sino que ni siquiera había visto un gusano de seda. Para otro hombre hubiera sido un obstáculo infranquea-

ble; para Pasteur fué un estímulo. Se aplicó de inmediato al estudio, con su método impecable, con su voluntad de hierro, con su tenacidad inflexible. Durante cinco años, trabajó con ardor, en investigaciones incessantes, y por haber tardado el triunfo, no fué menos brillante. Estableció que las dos enfermedades que hacían morir al gusano de seda, la pebrina y la flacherie, eran producidas por dos gérmenes patógenos diferentes. Las enfermedades se transmitían de los animales sanos a los enfermos, y una de ellas, de los ascendientes a los descendientes. Por ser simple la conclusión no es menos capital: era la revelación del contagio de las enfermedades microbianas, era la noción de la herencia!

El cólera de las gallinas

Los conocedores, en avicultura saben que ciertas aves son víctimas de una enfermedad desastrosa que es designada vulgarmente con el nombre de cólera de las gallinas. El animal presa de esta afección queda sin fuerzas, tambaleante, las alas caídas, los plumas arrolladas le dan un aspecto de bola. Una somnolencia invencible le ataca, parece entrar en un profundo sueño. Luego los párpados se cierran y la muerte llega, después de una agonía muda, sin que el animal haya cambiado de sitio. Tales hechos habían sido vistos mil veces, pero sin llegar a ninguna conclusión. Pasteur se aboca al estudio de la cuestión y aplica su método experimental con la escrupulosidad que pone en todos sus trabajos. Prepara con músculo del propio animal un caldo de cultura y siembra la sangre; el microbio de la enfermedad se desarrolla en abundancia, y esas culturas inyectadas reproducen la enfermedad con caracteres inconfundibles. ¡Qué simples parecen los hechos! Y sin embargo, en ese día

y a esa hora había nacido un método general de aislamiento, de identificación y de inoculación de los microbios, que permitiría a Pasteur y a sus continuadores descubrir los agentes de las enfermedades infecciosas y combatir éstas en sus causas. Como dice Duclaux, había llegado la hora en la cual Pasteur iba a entrar por el camino que él mismo se había trazado, en la gruta encantada de la ciencia, llena de tesoros para la humanidad.

Las experiencias sobre el cólera de las gallinas fueron interrumpidas durante las vacaciones, y cuando Pasteur las reanudó, dos meses después, se produjo un hecho singular. El azar intervino de un modo favorable. Es el mismo azar que favoreció a Roetgen, el ilustre descubridor de los rayos X; azar feliz, que sólo cruza el camino de los trabajadores y de los empeñosos.

El hecho singular fué el siguiente: las culturas del microbio, que antes de las vacaciones producían, cuando se inyectaban, la infección y la muerte de los animales, no ocasionaron, cuando se reanudaron las experiencias, efecto alguno. De ese hecho naciente surge sin más consecuencias que la necesidad de emprender de nuevo las experiencias, Pasteur tomó base para nuevos y fundamentales estudios.

En efecto, con sorpresa para todos, Pasteur mostró que si a esos mismos animales, a los cuales se les había inyectado las culturas viejas, se les inyectaba luego culturas nuevas, no adquirían la enfermedad. Era el descubrimiento científico de la inmunidad provocada. Era la generalización razonada del principio de la vacunación antivariólica de Jenner. Era la conquista definitiva de los principios que han dado a la medicina moderna las más bellas armas.

La vacunación anticarbunclosa

La ganadería francesa experimentaba anualmente pérdidas que podían evaluarse en millones, por oco-upto de animales muertos de carbunco. Además, centenares de hombres eran víctimas del contagio de los animales. En algunos parajes la infección parecía inevitable, y la leyenda popular los reconocía con el nombre de campos malditos. Pasteur, siguiendo los métodos por él establecidos, había obtenido la cultura del germen productor y su identificación bajo las *diversas formas* en que podía presentarse. Y venía todavía más adelante, había preparado una vacuna que librara al animal de todo contagio. Por iniciativa de la Sociedad de Agricultura de Melun se organizó una prueba pública. Pasteur reunió a sus discípulos y les expuso el programa convenido. He aquí las bases de la experiencia: *25 carneros serían vacunados; cuando la vacuna hubiera hecho su efecto, esos 25 carneros serían inoculados con microbios de carbunco al mismo tiempo que otros 25 carneros no vacunados. Los primeros deberían resistir; los segundos morirían de carbunco.*

La experiencia se realizó en Pouilly-le-Fort, cerca de Melun. Los 25 carneros fueron vacunados; la inoculación de prueba fué practicada el 31 de mayo de 1881. Pasteur, siempre tan firme en su fe incommovible, pareció por un momento arrepentirse de su audacia, como si su método fuera a traicionarle. Pero pronto tuvo motivo para recuperar su calma, el más extraordinario éxito vino a coronar sus predicciones. Los carneros vacunados se habían salvado; los no vacunados sucumbieron víctimas de la terrible enfermedad. Y dos hechos quedaban adquiridos para la ciencia: el uno, que el microbio aislado era sin duda el

del carbunco; el otro, que la vacuna preparada era eficaz.

Los incrédulos y los retardatarios discutieron aún; pero la luminosa verdad no tardó en imponerse con resultados materiales tan formidables, que Huxley, el gran sabio inglés, pudo decir a Pasteur, algunos años más tarde, que con sus descubrimientos hubiera podido pagar los cincuenta mil millones de indemnización de guerra del Tratado de Francfort.

La rabia

Una horrible enfermedad cuyos síntomas, de por sí graves, eran aumentados en proporciones fantásticas, por la imaginación popular, la rabia, dió lugar a memorables trabajos de Pasteur. La leyenda evocaba la visión siniestra de los rabiosos, maniatados, lanzando espantosos gémidos sofocados entre colchones. En realidad las cosas no son tan impresionantes; pero nada podía dar lugar a mayor prestigio en el público que el descubrimiento del modo de preservar a la humanidad del temido mal. El microbio de la rabia no se conocía, como no se conoce en la actualidad. Pasteur lo busca con perseverancia, pero sin resultado. Alguien con menos fe, con menos tenacidad, hubiera abandonado la partida. Pero Pasteur insiste. Si el microbio no puede ser identificado hay que buscar otro medio para llegar a la vacunación. Y Pasteur inventa un método. Si se practica la trepanación a un perro rabioso, se le extrae un fragmento de sustancia cerebral y con él se inocula otro perro, se confiere a este último la rabia. El agente estaba ahí, pero no podía ser cultivado, por cuanto no podía aislarse. Fue entonces cuando Pasteur tuvo la idea genial de cultivar la rabia en animales vivos. Y, pasando la infección de un animal a otro, llegó a obtener un virus tan

fuerte, que la inoculación de la enfermedad sólo duraba seis o siete días. Es lo que se llama el virus rábico fijo. Es con ese virus que obtuvo la vacuna; pero para ello era necesario atenuarlo, es decir, reducir su virulencia, lo que se obtiene por disección. A los 14 días la médula de conejo es inactiva. Es con esa médula inactiva que se empieza la inmunización. Después, cada día se inyecta médula más fresca y cuando se llega a la de un día, la vacunación es completa.

El principio estaba encontrado; la experimentación en los animales respondía en absoluto. Era necesario sin embargo, que pasara por la prueba de su aplicación al hombre. Considerad que si Pasteur hubiese visto erróneamente, se corría el riesgo de transmitir la rabia en vez de evitarla y comprenderéis que el gran sabio esperaba con mezcla de impaciencia y de temor la oportunidad de ensayar el método. La oportunidad no tardó en presentarse. Un día llegó al laboratorio una madre desolada trayendo un niño horriblemente mordido por un perro rabioso. El pequeño paciente se llamaba Joseph Meister, y venía de Alsacia. Es clásico recordar las dudas de Pasteur antes de someterlo al tratamiento, su intenso júbilo cuando lo vio librado del terrible mal y el paternal afecto que profesó a aquel a quien había salvado de una espantosa muerte.

Señores:

Os he hablado con demasiada extensión de los trabajos de Pasteur, de la repercusión extraordinaria que ellos tuvieron en la ciencia pura y en las ciencias

aplicadas. Os he hablado también de sus fecundas concepciones sobre los microbios, sobre las enfermedades infecciosas, sobre la vacunación, en suma, sobre todo lo que la medicina debe al sabio inmortal; pero no me perdonaría si no os hablara sobre lo que la cirugía debe a Pasteur.

Excusadme, pues, de reteneros unos instantes más; pero comprended que un cirujano no puede dejar la palabra sin rendir un homenaje especial a quien ha permitido el desarrollo magnífico del arte que practica.

La cirugía moderna, por medio de operaciones ordenadas hasta el más mínimo detalle, penetra en todas las regiones del organismo para reparar los males ocasionados por las enfermedades o por las heridas. Así, a diario, cerebro, pulmón, hígado, órganos digestivos, huesos, pasan por entre las manos del cirujano, y los resultados son tan extraordinarios, que con mi ilustre maestro Jean Louis Faure, creo que hoy día puedo decirse: "nadie debe morir de una operación".

Este magnífico grado de adelanto se debe a Pasteur, quien, como ha dicho Pierre Delbet, ha hecho a la cirugía el presente más espléndido que ésta haya recibido en todos los tiempos: la seguridad operatoria.

Antes de la era pasteuriana, la infección diezaba los desgraciados que acudían a las salas de cirugía, las heridas más simples daban lugar a los más grandes desastres. Y en frases siniestras las eminencias del arte resumían la triste verdad: una picadura con un alfiler —decía Velpeau— es una fuente por donde escapa la vida; cada operación —agregaba Denonvilliers— es una sentencia de muerte.

En una de las frías salas del viejo Hotel Dieu, de París, había un hilera de camas, la fila negra, en la

cual por memoria de hombre no se recordaba ningún operado que hubiese escapado al desastre.

Un famoso cirujano, Nélaton, hecho a todas las audecias y a todas las responsabilidades, repugnado por los desastres que la infección producía en los heridos durante el sitio de París en 1870, abandonó el bisturí, exclamando: "quien triunfo de la infección purulenta merecería una estatua de oro".

Tal era la angustiosa situación de la cirugía, tal era la desesperante impotencia de los cirujanos, cuando Pasteur iluminó la cuestión. Si los operados se infectaban era porque las manos del cirujano, los instrumentos, las compresas, las soluciones, eran vehículos de microbio, y Pasteur, con la claridad proverbial de su concepto y de su expresión, dictó entonces, lo que puede considerarse el evangelio de la cirugía:

"Si yo tuviera el honor de ser cirujano, — dijo, — penetrado como estoy de los peligros a que exponen los gérmenes esparcidos en las superficies de todos los objetos, especialmente en los hospitales, yo no utilizaría sino materiales de esterilización llevados a la temperatura de 130° a 150°, y no emplearía agua que no hubiese soportado una temperatura de 110° a 120°."

Son los principios de la asepsia que rigen la cirugía moderna y que permiten a diario las más audaces intervenciones.

Pero Pasteur no se detiene ahí; cuando aborda el estudio de un problema, no se contenta con una solución parcial, analiza sucesivamente todos los aspectos de la cuestión hasta disipar todas las sombras. Estudiando los microbios de las infecciones, descubre sucesivamente los agentes productores de terribles enfermedades, y llega al secreto de las más mortales complicaciones de las heridas.

Así, señala el microbio productor del antrax, y de

la osteomielitis; el de la erisipela, y el vibrión séptico, uno de los terribles agentes productores de las gangrenas gaseosas. No sólo lo descubro esos microbios, no sólo muestra los métodos para aislarlos y cultivarlos, sino también que, remontándose por el impulso de su genio, da las directivas fecundas para evitar su proliferación en las heridas, eliminando de ellas los "coágulos de sangre, y los fragmentos de carne muerta, porque éstos servirán al desarrollo de los gérmenes". Principios éstos que en los comienzos de la Gran Guerra fueron olvidados, hasta que el dilema supremo de vida o muerte animó la voz que desde las trincheras gritó "¡debout les morts!" y acaso entonces el espíritu tutelar del sabio vino a inspirar a los cirujanos de Francia la técnica salvadora.

Señores, Pasteur no fué solamente un sabio inmortal y un benefactor de la Humanidad: fué también una alta personalidad moral y un gran ciudadano.

Dió ejemplo a los hombres de ciencia, porque su saber fué honesto y desinteresado. Al emperador Napoleón III, que le preguntaba en las Tullerías por qué no sacaba un resultado material de sus descubrimientos, respondió: "Un sabio quedaría disminuido ante sí mismo si procediera de tal modo".

Dió ejemplo a los jóvenes con su vida hecha de tareas esfuerzos, y al decir, dirigiéndose a ellos en una ocasión memorable: "Vivid en la paz serena de los laboratorios y de las bibliotecas. Preguntad, primero, ¿qué he hecho por la instrucción? y luego, ¿qué he hecho por mi país? Hasta que podáis afirmar que habéis contribuido en algo al progreso y al bien de la humanidad".

Dió ejemplo de patriotismo al decir: "Si la ciencia no tiene patria, los sabios tienen la aya".

Dió ejemplo de valor en la adversidad, de espíritu generoso y de modestia, en el triunfo.

Dió ejemplo de solidaridad humana, al afirmar que no se debe preguntar al que sufre ¿de qué país eres? ¿cuál es tu religión? Bastará decirle: tú sufres, tú me perteneces, yo te aliviaré.

Por eso comprenderéis, señores, la veneración que los médicos, los cirujanos y la humanidad entera experimenta por el hombre inmortal de quien os he hablado, y reconoceréis justo, que en las salas de operaciones nuestra gratitud haya escrito "Gloria a Pasteur".

EDUARDO BLANCO ACEVEDO.

AÑORANZA

Vieja calle de mi pueblo
Con tristeza como de alma,
Con sombras de paraísos
En la puerta de mi casa.

Te habrá dejado sin hojas
El fin de Otoño y la helada,
Y después los podadores
Te habrán dejado sin ramas.

Y ahora estarás triste y sola
Desolada como mi alma
Vieja calle que pasabas
Por donde estuvo mi casa...

Cuando me atreva a ir a verte
Voy a llorar de añoranzas
Juntando con mi tristeza
Tu tristeza como de alma.

Luis V. Barrá.

ESTACIONES

PRIMAVERA.

Los días se van alargando.
So quiero correr y besar...
Mañana, al colegio del pueblo,
más de un colegial fallará.

ESTIO.

Es el sol en las bardas. Es el peso
del calor en la nuca y la mirada
sensual de las muchachas y, en las calles,
detrás de las ventanas,
el grito de un fonógrafo impreciso
que gime una canción napolitana...

OTOÑO.

Suave estación de los crepúsculos
y de las horas elegantes...
La vida se pasea en automóvil
y toma el té con el parque.

Hay hojas secas en el patio del hotel
y pupilas de oro en el estanque
que mira, sin rancores,
el paso sin rumor de los amantes...

*¡Oloño! Se adelgaza
la brisa, entre los sauces,
y el alma es como un libro no leído
en las manos abiertas de la tarde...*

INVIERNO.

*En un cuadro sin marco y desvaído
en una amarillenta ramazón...*

*Tiene el color que tendría el olvido
si hubiera fonos en el corazón.*

VOLUNTAD

*¡Oh! ¿quién me diera una cosa del mundo,
dicha, dolor, o quién sabe si amor,
que me volviera tranquilo y profundo,
como una rama que espera una flor?*

*¡Oh! ¿quién me diera un instante, ¡un instante!
verme agitado de un hondo temblor?...
Aunque, después, prosiguiera adelante,
ya sin fortuna, ni penas, ni amor...*

EL SABADO EN LA ALDEA

*Luna sobre la cañada,
Primeros días del mes...
¡Olor a tierra mojada
en la humedad de la mies!*

*Mañana será la fiesta
y el baile en la población...
Domingos: tardes con siesta...
Vida, Trabajo y Canción.*

JAIMÉ TORRES BODST.

México.

NO ME QUIERO MORIR....

*No me quiero morir sin darte un beso...
¡Y la muerte se llega, tan callando!
Una urgencia febril insiste: cuándo,
y mi fe: ya será, dice; por eso*

*Voy por la vida, el corazón opreso,
Quizás sin esperanzas, esperando,
Y una voz en el alma susurrando:
¡No me quiero morir sin darte un beso!*

*Y en lenta, sí, pero segura huida
El tiempo pasa, devastando todo,
¡Y se nos va la juventud, querida!*

*Lodo seremos por fatal proceso,
Y pues quiero ser luz antes de lodo,
¡No me quiero morir sin darte un beso!*

NEVER MORE

*Maldito sea el veneno
Que envenena y que no mata.*

Machado.

*Una noche no más. ¡Pero de pleno
Amor! Con cuánta sed, qué ávidamente
Bebí en tu boca — ¡La divina fuente! —
Tus besos que eran miel y eran veneno!*

*¡Trata mucha sed! Y tu sereno
Mirar fingióle a mi ansiedad doliente
El gesto compasivo y oferente
De la Sainaritano al Nazareno.*

*Nuestro largo besar, callado y hondo,
¡Qué amargas heces me dejó en el fondo!
¡Qué angustia qué me cuerva y me arreventa!*

*¡Quién me diera a beber agua de olvido,
Para lavar del alma el maldecido
"Veneno que envenena y que no mata"!*

CARLOS ZUM FELDE. °

FINAL DE PRIMAVERA

La luna juega a la combra
En los guijos de la cuesta
¡Santa María de marzo!
¡Qué final de primavera!

De pana parece el viento,
De seda parece el campo,
Con tal brisa y con tal luna
¿Quién piensa en que existe el llanto?

Oculto agüita serrana
Que invisible estás suscando:
¡Dios te bendiga el murmullo
Y lo haga en premio, más blando!

Rana escondida que cantas
Como un rústico flautista:
¿Acaso crees que es la luna
Redonda, una logunilla?

Corazón, corazón mío
A quien esta noche añora:
Amor, olvido, tristeza,
Nostalgia, ¡todo es mentira!

Créelo así hasta mañana...
Duérmete en esa dulzura.
¿Quién piensa en las cosas malas
Con tal campo y con tal luna!

JUANA DE IRARROBODU.

ELLA ES TODO EL RITMO...

(Del libro-en preparación, titulado
«De un amor escondido»).

*Ella es todo el ritmo. . y es toda la hermosura:
En crueldades podría triunfar de Lucifer,
Condernar muchas vidas a espantosa tortura
Llegara, si no fuera más santa que mujer.*

*Ella tiene en sus manos los hilos de las cosas;
El fuego de sus ojos da insomnios a Plutón,
Lograra desatar tempestades furiosas:
Pero más que mujer. . es toda corazón*

*Cento de seducciones, como las mariposas
En jardín milagroso: todas en Ella están!
Tiene el brillo del astro, el temblor de las rosas,
Es la lira de Orfeo y la flauta de Pan.*

*¡Cuántas almas por Ella, de pasión inflamadas,
Irian al Calvario, arrastrando su cruz!
Con ansias consentidas. . y después desafiadas:
Podría ser funesta: pero es toda de luz!*

FERNANDO NEBEL

SNOBISMO

Exceso del afán humano por las reformas, reproductor de la especie de la evolución, el snobismo es un mal colectivo que, si tuvo similares en las pasadas edades, adquiere la mayor intensidad en la época contemporánea.

Nada resiste a su paso. Bajo el pretexto del progreso, todo lo derrumba: la realza del pensamiento, el poder de la lógica, el imperio del buen decir, el reinado fortalecedor de la buena fe. A su conjuro caen las más hermosas creaciones de nuestros antepasados sin merecer el menor homenaje de la despedida. Enemigo de la piedad, roscio a las transigencias, no hace más que domoier, acosado por las furias y el ímpetu violento que en sí mismo lleva. Fuerza ciega, procede más por instinto que por reflexión.

Realiza la obra estupendamente humana de la imitación simiesca y se sabe satisfecho y vencedor, protegido por la ilusión sincera de conquistar la originalidad. Promete más de lo que puede dar y da más de lo que es necesario. Juega con el talento en vez de estudiar; se precia de sereno y es un apasionado vulgar. Tenorio vigoroso, rinde fácilmente por sus atractivos de modelador a la arcilla preparada para recibirlo.

Adula al patriotismo; se enamora de la cuestión social y menosprecia a los que no lo acompañan.

Hunde sus raíces en la legislación sin recabar de

la adaptación al ambiente los cuiones y las proporciones que la ajustan y la conforman a la verdadera necesidad social.

Profundiza en apariencia, imita en realidad. Tiene la petulancia de los mediocres. Amado por la mayoría, es temido al mismo tiempo como buen déspota. No persuade, se impone.

El arte le presta encantos y ello contribuye a sostenerlo.

Arrogante caudillo de la acción, desciende en línea recta de la raza cobriza de los oxiístas. Hábil simulador, se ha transformado en el enfermo distinguido de la Humanidad. Y con su piqueta de sugestión y contagiosa, desvirtuando la estirpe de los caballeros, ha invadido hasta el dominio de la cortesía, suplantándola por la ausencia de las formas o por el disfraz de lo inexpresivo, que es el instituto civil de la cultura.

Ruina misteriosa de la variación, colosal figurín de presuntas novedades, ¿qué potestad humana será capaz de detener su corriente?

ATILIO C. BRIGORIL.

Colonia, 1923.

“HÉLICES”

(Versos de Guillermo de Torre)

Guillermo de Torre, que fué el alma de la fenecida revista “Cosmópolis”, es hoy uno de los más eficaces adalides de la poesía ultrafata en España. Conocemos desde hace tiempo algunos poemas suyos publicados en “Grecia”, el órgano de aquel movimiento poético, en “Cervantes”, hoy fulgurada, y en la misma “Cosmópolis”. Hoy recibamos, con muy gentil dedicación, un lujoso tomo de versos ilustrado por nuestro cubista compatriota Buitradis y por Vázquez Díaz.

Los poemas de “Hélices” confirman la opinión que teníamos sobre el talento de nuestro joven amigo, y permiten, en un estudio más documentado, prescitar las características, facetas de su discutido arte, que cultivan en España, con el mismo talento, Gerardo Diego, Rivas Panedas, el chileno Vicente Huidobro, Del Vando Villar y algunos otros. Este arte, que pretende renovar la poesía por completo, tiene, entre muchas exageraciones, algunos positivos aciertos. En estudio más amplio que tengo hace tiempo comenzado, señalaré detalladamente sus tendencias. Hoy quiero poner de manifiesto solamente la gran revolución verbal que se ha empeñado en realizar y que, podemos decirlo, ha ganado en gran parte. Frente a la vacuidad absoluta, a la necesidad, a la vul-

garidad de cierta poesía que sólo dispone para su arte de un limitado arsenal de lugares comunes, entre los cuales no son los peores ciertamente los cluros de luna, los violines, los Trianonos, las marquesas (¡desgraciada Eulalia, que dió a luz tan menguada prole!), los estanques, los cisnes, las Colombinas, los Pierrots, el injustamente mediocrizado Chopin, los pianos, los atardeceres, etc., etc., esta poesía algo brutal, con su léxico de manual de mecánica y sus imágenes de una fuerza de boxeador, nos produce el efecto de un atleta en una reunión de aficionados. Cierto, no es eso nuestro tipo ideal, pero frente a la falta de energía, de vigor, al hermafroditismo y a la asexualidad de los poetas que nacieron de la nefasta escuela de Rubén Darío, no podemos menos de otorgarle, por contraste, algo de nuestra simpatía. Por lo menos tiene lo que falta a los otros, los viles y similesos remedadores del verdadero poeta: originalidad, valentía, fuerza, masculinidad. Son destructores, nihilistas, iconoclastas. Lo niegan todo para afirmarse ellos. Y sobre las ruinas de la vieja poesía pretenden edificar los cimientos de la poesía nueva. Los uplandimos en su faz negativa. Era indispensable la barrida de toda esa inmundicia hojarasca, que ahogaba bajo la podredumbre de sus nervios, el brote vigoroso de la nueva poesía. El ultratmo fué un paupero saludable. Pasó arrastrando en sus alas salubres los miasmas fétidos. ¡Qué nos trajo en cambio!

De los jóvenes poetas españoles afiliados a la nueva escuela, Guillermo de Torre es quien aporta acaso un contingente más valioso de teorizaciones, y, con estas "Hélices"; de realización positiva. Aparece en ellas la misma característica que ya singularizó a este joven escritor en sus artículos de "Cosmópolis": una abundancia de léxico, un abuso tal de neologismos, de términos rebuscados, contorsionados, que

produce desde luego una especie de vértigo mental. Indudablemente, Guillermo de Torre conoce infinidad de términos técnicos: éstos no los ha inventado él: términos tomados en su mayor parte a la mecánica; pero pertenecientes también a la fisiología, a la medicina, a la química, a la física en general. Esto rovela, desde ya, una sufa de conocimientos científicos nada común en general, en los poetas, que piensan que, para escribir con originalidad y talento propios, cuanto mayor sea la ignorancia, mejor.

Nuestro joven ultralista abusa de su tecnicismo y lo emplea, siguiendo la escuela de sus amores, *pour épater le bourgeois*. ¿No es ésta, acaso, la divisa de todos esos innovadores que alborotan a París con la estridencia de sus paradojas? Y lo escribo como un aium, y lo arroja a la cabeza de los imbéciles para darse la satisfacción mesytofélica de contemplar su admiración por su talento incomprensible. En esto también es semejante a Francis Picabia, que, por burlarse de todos, acabó (o empezó) burlándose de sí mismo. Do Torre lo confiesa claramente, sin ambajes en uno de los poemas de "Hélices".

"(En los entreactos
con un gesto bullesco
de jugador experto
arroja sobre los actfalos
el cubilete de mi léxico.)"

No podía haber encontrado una imagen más exacta ni más feliz. Algunos de sus poemas son verdaderamente contruídos según la conocida fórmula de Tristán Tzara, que de Torre recedita con la comparación felicísima del cubilete de dados.

Pero digamos ya los méritos de estos poemas, aun cuando no comulgemos con sus fórmulas.

La imagen cobra en esta tendencia modernísima un valor que había perdido casi por completo. Y Guillermo de Torre posee un don indiscutible de la imagen, que, aunque no siempre poética, en el elevado sentido de la palabra, es siempre vigorosa, audaz, nueva y original.

He aquí algunas, tomadas al azar: "El viento nos golpea con sus puños": "En la pizarra atmosférica— se dibujan los guarismos relámpagos". Todo "Pararrayos" es: una feliz evocación visual de una tempestad.

"Y rítmicamente los élitros sanos de las cigarras
polarizan la armonía estival."
[ebrias

También todo el "Paisaje plástico" es notable. Véase esta otra imagen, tomada de la física, como la mayoría de las ultraístas:

"Se condensa a Dios que en su cabina
ante su térmico cuadro distribuidor
acumula trillones de calorías."

Otra:

"Los dedos de los diablos
rasgan los últimos relámpagos nocturnos."

Sobre los railes del horizonte
gira el semáforo blanco
y el día pide vía libre."

Otra:

"Una oración de pinos en éxtasis
incomienza el paisaje nómada."

"Aquel bello prominente
de la colina lasciva
beso las mejillas de un astro libertino."

"Aviónicas hilanderas
tejen el lino nostálgico
de la neblina boreal."

Hay estelas de tus miradas
prendidas en las melenas del mar."

Y no cito más por no extenderme demasiado.

Una característica de esta poesía, es que carece de ritmo, de rima y hasta de ilación. Poesía a base de imágenes. Como que ya lo dijo L. Lasso de la Vega en una de sus teorizaciones sobre esta poesía; que su elemento primordial es la imagen y no la música, ni la anécdota. Pues bien, en todo el libro, sólo encontramos dos veces la palabra amor; ninguna vez muerte; el corazón está reemplazado por los términos: brújula cardíaca, vibración de tus diástoles. En un verso, habla del pericardio. Una declaración de amor:

"Amiga { encarnación del encanto emotivo
 { nombre de un relieve inédito
 { cruce de mi circuito evocativo."

"Y ahora
eres Tú
en fin la Presentida."

Hay algunos poemas en que la evocación está magistralmente conseguida. "Al volante" produce el mismo vértigo de velocidad que una desenfrenada carrera en automóvil. Las imágenes se suceden con una veracidad y fuerza evocativa poco comunes: "Tre-

panamos *aldens-naufragnas* — y *campiñs* que galopan. "Pararrayos", ya citado; "Trapecio", "Paisaje plástico", son, a mi modo de ver, las más felices de las realizaciones. Acaso por no pertenecer a esta escuela, no encuentro sentido alguno a los más ultrafistas de las composiciones: "Aviograma", "Ondulaciones + Multitud", "Sinopsis".

Digamos, para terminar, que no creemos que esta pesin haya de perdurar en su forma actual.

Lo reconocemos, ampliamente, una función purificadora, renovadora, vigorizadora. De ella ha de surgir la poesía nueva: sincera ante todo; múltiple, compleja, abarcando *todas* las manifestaciones del alma y del cerebro humano, fuerte y original. Esto ultraísmo, y sus descomposiciones, el *vulgarismo* que ha infestado con la banalidad antiestética de ciertas faenas domésticas y actividades que quieren ser humildes y sólo son triviales, están destinados a desaparecer. El ultraísmo ha realizado una verdadera misión de profilaxis poética. Sus cultores, como ya empieza a suceder, evolucionarán hacia una poesía más humana, que devolviendo a la sensibilidad, no a la cursilería, su importancia vital, la habrán vigorizado y humanizado en el choque fecundo con la vida real. Y entonces, como ya hay muy claros e inequívocos indicios en este libro, Guillermo de Torre dejará de ser un poeta de escuela limada y discutida para transformarse en un poeta humano y universal.

Estamos convencidos que lo sería ya, si hubiera dejado libertad a su temperamento. En más de un verso aparece y se traiciona el alma de poeta verdadero que hay en este escritor; en la musicalidad a pesar de todo, de ciertos versos; en la originalidad y el vigor de todas sus imágenes, en la sensibilidad que se abre camino a través de las intransigencias de la Escuela.

LUISA LUSSI.

LOS POETAS HUMILDES

JULIO J. CASAL

Solemos considerar a un poema como una gema, tantas facetas como versos.

Un libro de poemas, de bellos poemas, es una sarta de pedrería preciosa.

Como a gemas sometemos al fuego del orisol cada verso. Es bello y bueno aquel que resiste esta ponderación.

Un libro artificioso y frío, un collar de cuentas de vidrio, se lleva tan pronto es sometido a esta prueba.

El libro *Cincuenta y seis poemas* de Julio J. Casal, no es de éstos.

Soterraña a la forma, circula por estos versos una emoción permanente.

He ahí el secreto que da la Eternidad.

Pero por sobre esta cualidad de la emoción, tienen los características los versos de este poeta; la humildad del motivo y la sencillez de expresión. Y he ahí por qué él puede ostentar este lema del fuerte y delicado Walt Whitman: "Creo que una brizna de hierba no es inferior a la jornada de las estrellas".

Entre mis inolvidables sugerencias del occidente africano, se encuentra el recuerdo de una pequeña tiorba moruna. Es el *gembri*. Por viajeros de Argelia y Egipto he visto que este instrumento músico es común en todo el Norte de Africa, y quizá a la Ara-

bia y Turquía. El *gembri* es una media cáscara de coco, con un largo mástil en el que están las clavijas de las dos cuerdas. El moro, espiritual y sensitivo, combina de continuo simples armonías en esto guitarra-rillo, y yo he escuchado las más gratas melodías interpretadas por las dos cuerdas del *gembri*. Y quizá haya traído para esto país en que lluevo tanto, uno de estas frágiles tiorbas, por el gusto de producir sencillas músicas sin pauta.

Julio J. Casal me parece el poeta que llouase por la vida un *gembri* en la mano.

Como si hiciese poesía con esa leve tiorba, logra un tono menor, una intimidad delicada.

A semejanza de los versos de Francis James, de Amado Neruo — es la misma tendencia aunque no la manera y el módulo — habría que leer los de este poeta en voz baja.

Uno de sus últimos libros, lleva de título esta palabra graciosa: "Humildad". En el último, Julio J. Casal ya no se atreve a verticalizar en una o en varias palabras titulares, todas las escenas diversas de un libro. Nada más artificioso ni nada más difícil que sintetizar en una, en varias palabras, las ideas, formas y emociones de un haz de versos. Y así, él enumera simplemente los poemas de su pequeño libro.

Humildad y sencillez decíamos. La forma no le importa, no se esfuerza por hallarla, en perjuicio de la emoción y de sus dos orientaciones cardinales. Si ella surge espontánea, como la floración, él no la desdenna. En todo poeta, que lo sea de verdad, la forma exige. En la poesía lo que ha sido, lo que es y lo que ha de ser, la forma tiene que existir. Es el armamento del que no puede prescindirse. El Dudafismo tensa más de matemático que de lírico. Se construye una poesía desnuda, no escribiéndola. Quizá el verso que vivimos sea el más original. Sucede que al escribir, aun el que

trata de construir un verso de vanguardia, ordena sus ideas, da ilación a su pensamiento. Una excesiva arbitrariedad ficticia, no de temperamento, hace efímero el verso más intencionado.

No me dirá que la poesía futurista—abarcamos todos los ismos—es amorfa. No una forma olímpica, más sí su forma, una forma para nuestro tiempo y paralela a nuestra inquietud. Véase en Apollinaire en Revordy, en Huidobro.

Julio J. Casal ha vertido su emoción del modo más sencillo, del modo más nuevo y del modo más armonioso también.

Un excelente crítico, Telmo Manacorda, escribía en "Prisma" de París, al hacer una tabla de valores poéticos de su Uruguay natal, que nuestro poeta "había domado los corceles rítmicos".

El verso de cadencia ajustada tiene, sí, el ritmo del caballo al galope, y quizá también el de la sístole y la diástole de nuestro propio corazón.

El verso libre es ya más el vuelo de la paloma que ora bate las alas, ora planea en el cielo de serenidad, o el caminar de las mujeres de los frisos y de los vasos griegos.

¿Con cuál tropo describiríamos la lírica de los poetas últimos?...

Su descripción está en que no la tiene, porque no se ajusta a ritmo ni a medida. Inquieta, des preocupada y desigual.

Aunque es triste, los epígonos traen un atávico espíritu de recuadidad. Vicente Huidobro ha hecho innumerables imágenes sobre las estrellas en su tenaz gracia. Los poetas que aparecen nos hacen pensar si no habrá más tema que ese, tal es la saciedad con que lo prodigan. Habiendo tanto motivo e inédito, tanto matiz lírico que recoger. Eso sin imitar los chirridos del *traway* ni cantar el barómetro.

Julio J. Casal se ha amestrado a sí mismo, lejos de los círculos viciosos de París, de Milán y de Madrid.

Y por eso su arte tiene aún una ingenuidad, una bondad de hombre alejado de los falsos ambientes literarios, en los que cada uno es un genio con halo de oropel.

En el silencio de su ciudad, aprende de los libros y escucha su corazón, y entonces escribe esos pequeños poemas de asunto, de forma humilde y sencilla.

El ama la brisa, la margarita, el árbol pequeño, el pececito, la estrella, la esquila, los calendarios, el sendero, el atardecer, el paraguero, el emigrante, la vaca, la moneda de cobre, el picapedrero, los vendedores ambulantes, las gotas de rocío, las flores de papel, los apenderos, las viejas canciones, el afileador, los juguetes, los jardines provincianos, el horriquillo, el circo, Coprocita, los farolillos, cosas ellas tan vulgares para uno de esos poetas enfáticos que tocan solos epopéyicos con su corneta de pistón.

Pero él, no. Ha hallado la emotividad de estas cosas deleznales y atollinas, y les ha dado la música antigua de aristón, una música de caución de niños, unida por la fruición y bondad con que desarrolla los sencillos temas a un misticismo pantelista.

"Elegria" se titula uno de los poemas de su último libro. En él nos dice que hubiera querido ser

*una fuente clara,
alguna nube, un nido,
un remanso, el oleaje
del mar, cualquier paisaje,
un árbol, un reflejo, un astro; ser
el misterioso y vago atardecer.*

El poeta hubiera querido ser flor, oruga, reptil,
"todo menos hombre."

Hemos de constatar aquí el paralelismo entre el poeta y un artista de su patria: Barradas es también complicado y sencillo, ama la margarita y la *tour Eiffel*, es decir, todo; la eternidad y el futuro avizorante.

Es extraño que estos dos artistas sean nativos de un clima cálido, de una patria de flora gignatesca.

Carlos A. Castellanos, que deja en sus lienzos una visión fastuosa y luminosa del Uruguay, parece estar más localizado en su país.

Julio J. Casal, como Barradas, llevando en sí la savia nueva de su tierra uruguaya, dan a su arte un sentido de universalidad. Universalidad es decir alma, vaso, flor. El cosmopolitismo es ya el exterior pagado y pasajero.

Humildad, sencillez, realismo panteísta, emoción, universalidad, arte eterno.

CORREA - CALDERÓN.

JAHEL

MUJER FUERTE DE LA BIBLIA

Su mano tendió a la estaca y su diestra al mazo de los trabajadores, y masó a Sísara. — "Los Jueces" Cap. V., Vers. 20.

Mirando hacia atrás, allí, muy lejos, una luz rojiza brota de la nebulosa del pasado.

A los destellos de esa lumbre bermeja, como la franja sangrienta con que incendian los crepúsculos vespertinos el horizonte del desierto, he abortado el libro inimitable que compendia la historia más remota de la humanidad, y en los anales agiógrafos que guardan sus páginas inspiradas y proféticas, he visto que la marcha del pueblo hebreo, el pueblo escogido de Dios, marca un rastro de sangre sobre el suelo blanco y polvoriento de Palestina.

Mientras persigue la conquista de la Tierra Prometida, acaudillado por sus jueces, sólo hay en él ansias de combate, sólo se escucha estridente fragor de peles, y la guerra renace, sin cesar, de la guerra.

En la abrasada tierra de Canaán, junto a las turbias aguas del Megicko, semejante a una voz atronadora que nos hablase al través de los siglos, nos habla, taciturna y sombría, la misteriosa ruina de Taanuk.

Y la imponente mole cuyos ciclópeos muros tostaron los soles ardientes de Arabia, la vetusta y deso-

Inda ruina de la fortaleza que otrora ornaron altísimas columnas de pulido jaspe y enormes frisos de granito rojo, esmaltados de losas batraquitas, nos dicen de la grandeza y poderío de la que fué un día la soberbia Moab.

Bajo la bóveda oscura que sostienen inmóviles cariátides, toscas figuras humanas de alto relieve y formas desmesuradas, que demuestran el esfuerzo incipiente de una arquitectura rudimentaria y primitiva, dominada por la influencia poderosa del genio egipcio, como fuertes pasos que resonasen lúgubrementemente en el fondo de subterránea galería, vibran y repercuten sonoros los ecos misteriosos que recogo y repito la leyenda.

Y así, en la muda contemplación del Pasado, sabemos cómo la montaña desolada de Thabor, tinte en sangre, clamó con lloro amargo a Jehová; cómo, madre heroica de un pueblo vagabundo, se alzó bajo la sombra azul de las palmas de Bethel y de Ramá la inspirada profetisa Débora, la enérgica mujer de Lapidoth, y cómo Barac, el vigoroso guerrero hijo de Abinonni, fué caudillo glorioso de Israel.

En el pueblo de Judá, que errabundo y fatigado busca el definitivo asiento de sus tiendas, las visiones proféticas en su ejecución y desarrollo terreno para afirmar su conquista, se completan por las armas.

El fervor religioso impulsa el coraje ciego; los místicos o alucinados alientan a los guerreros unidos por una sola aspiración, y, por eso, vemos que al lado de Samuel aparece Heli, y al lado de Débora, Barac.

Junto a la inspiración, el brazo ejecutor; junto a los profetas, los caudillos.

II

Como en el Sinaí, la tempestuosa montaña de Siria, donde el pueblo hebreo recibiera de su primer legisla-

dor las tablas de la ley, entre luces de relámpagos y fragores de tormenta, el oráculo ha hablado.

Y por la voz sibilina de la profetisa que gobierna a Israel anuncia el fin de la opresión cananea, porque Jehová, a su ruego, ha suscitado un vengador a los hebreos.

Pero Barsc, el nuevo o improvisado candillo, duda del éxito de su empresa y de que el ejército del rey Jabin, mandado por Sisara, sea entregado en sus manos. Vacilante, sólo consiente en subir a acaudillar su ejército acompañado de la que es Juez de sus hermanas.

Y díjole Débora: "Iré contigo; mas no serán tu honra y palmas de vencedor en la senda estrecha que vas, porque has dudado del triunfo. Por eso, en manos do mujer fuerte venderá Jehová a Sisara." Y levantándose Débora acompañó a Barsc a Cedec de Naphthali; y subieron con diez mil hombres bien armados al monte Thabor.

A la aparición del enemigo opreso, el general de Israel descendió con su ejército, a paso de carga, las pendientes abruptas del monte, con impetu de avalancha y, lleno ya de confianza en el auxilio de Dios, acometió a los cananeos con sin igual ardor.

El encuentro fué terrible. En tal denodado empuje despalmaronse los vasos de los caballos por lo escabroso del terreno, la fuerza de las arremetidas y los brincos que les hicieron dar sus valientes juntos al hacerlos saltar sobre sus enemigos.

Estos, no pudiendo resistir el ataque, hubieron en ignominiosa derrota, y en su fuga barridos con impulso irresistible el torrente teñido de rojo con su sangre, el antiguo torrente de Cisón.

No cabía duda Quen había hecho brotar agua para de la peña de Horeb; quien había peleado por Israel ante los muros de Gabaón y había hecho que al son

de bellas trompas cayenan, reducidos a menudo polvo, los muros de Jericó, los favoreció con su omnipotencia ese día. Y el soberbio enemigo, el ejército del rey Jabín, destrozados sus carros de guerra, perseguido sin descanso en su desatentada huida, fué, todo él, pasado a cuchillo.

III

En la noche, bajo la alta bóveda estrellada, por lo más recóndito y lo más hondo del valle Saanaíu, hacia el blanco ensenio de Cedes, Sisara, el general vencido, que ha abandonado su carro de guerra, tumbado en un barranco, huyo a pie y su huida, con el pesar del vencimiento, tiene algo de hosco y trágico, como un gran delito o una gran vergueza que pare encubrirse necesitase el mundo compasivo de las tinieblas.

Y así, huyendo a pie entre las medrosas sombras de una noche de desastre, el general derrotado, el fiero capitán de las huestes del rey moabita, corriendo al azar en busca de un refugio, corre a su muerte. El fugitivo fatigado, salto de aliento, sin fuerzas para continuar su marcha a tientas por la obscura senda, se acoga a la tienda de Jabel, mujer de Heber Cineo, y pídele un poco de agua para calmar su sed.

La varona israelita, que ve en él un enemigo, hícele creer que está en seguridad, abre un odre de leche y dale de beber, cubriéndole después con una manta ve llula para que descanse. Mas cuando, cansado, se tendió en el suelo y sus ojos cargados de sueño se cerraron, ella, viéndole dormido, con calma siniestra tomó uno de los aguzados piquetes de su tienda y poniendo en su mano pesado mazo, vino a él calladamente y afirmándose sobre su testa, le metió la estaca por las sienes con golpes tan recios que enclavólo en tierra.

Así, doblemente quobrantado por un homicidio a

traición el derecho de asilo que en los tiempos patriarcales hacía inviolable al huésped bajo el dosel de la tienda, pereció el soldado nativo de Haroseth de las Gentes, y los hebreos vencedores, vueltos al verdadero culto de Jehová, quedaron firmes sobre la tierra de Canaán al igual que el sol cuando, haciendo rutilar la luz de un claro día, se eleva majestuoso hasta el cenit y parece fijo en un cielo sin nubes.

Desde entonces fué toda alegría exaltada en Israel, cantáronse himnos de alabanza a sus mujeres fuertes Débora y Jahel, y la tierra, como harta de la saugre de innumerables matanzas, volvió a reposarse cuatro décadas.

ADRIANO M. AGUIAR.

Esta vieja y hermosa página la escribió Adriano M. Aguiar en 1910 y permaneció hasta ahora inédita, en archivo particular, de donde la obtuvimos para PREGAEO.

HISPANO - AMÉRICA

UNA CARTA CORDIAL.

"Cuba Contemporánea". La Habana, mayo 1923.

Mi amigo: Mucho agradezco a usted sus palabras cordiales de amistad y compañerismo. Y me siento impresionado por haber hecho "abrir su corazón a mi tierra". Créame que es mucho más de lo que yo podía desear, y es también la gloria mayor que usted podía darme. Yo he pensado siempre como Martí: "A los que nos la aman, les llamamos en una gran voz: ¡Hermanos! Y sólo son hermanos nuestros quienes nos la aman". Al fin, es de lo que estamos necesitados: de abrir nuestro corazón a cada uno de los países de la América, para comprenderlos mejor y amarlos más cada día. Y para emprender cuanto antes la tarea enorme de la unión. Hay algo más que pasiones e intereses en el abismo que nos separa: hay sobre todo incompreensión, ignorancia, prejuicio, imprevisión. Usted es ya un obrero del edificio futuro. ¿Quiere arreciar la campaña? ¿Puede hacerlo? Yo desde aquí, y los cubanos — más amenazados en la hora actual que ustedes — secundaremos sus esfuerzos. "Juntarse: esta es la palabra del mundo", dijo también Martí. Veremos quién puede con nuestra unión.

Acepto reconocido su ofrecimiento de servirme de intermediario para con la revista *Prosa*, cuyo último

número trae unos cariñosos versos de Pablo de Grecia en elogio de Cuba.

Tengo una gran simpatía por su país uruguayo. No solamente por la gloria de Rodó, que ya no es de ustedes, sino de toda la América, sino por los demás escritores y pensadores, por Vaz Ferreira, Pérez Pollt, la Ibarbourou, la Agustini, Batlle y Orlóñez, Bruni, Luis Alberto de Herrera; por todos los que han hecho algo en la literatura o en la política internacional. Cada día es mayor entre nosotros el afecto hacia su patria.

Y de la Ibarbourou, ¡qué decirle! Es una personalidad que van porluciendo ustedes por su misma grandeza. Aquí la dieron a conocer tres revistas: "Orto", de Manzanillo, primero; luego, "Cuba Contemporánea", y de esta redacción salieron para "Social" varias de sus poesías que causaron un deslumbramiento. No sé si la poetisa tiene detalles de esta historia, que le debe interesar. Y tampoco sé si han llegado hasta ella números de nuestra publicación, porque nunca nos ha enviado nada directamente. Le hemos mandado muchos ejemplares a Penaso. Si usted puede enviarnos su dirección actual, se lo agradecería.

Sirvanos de intérprete ante los uruguayos y transmitales nuestros cordiales deseos de progreso y de paz, nuestro cariño por ese grande pueblo hermano.

Y usted cuénteme entre los amigos que acaso algún día se encontrarán juntos en la misma cruzada de ideal y de unión.

ENRIQUE GAY CALZADÍ,

Crónica de arte

Las esculturas de Gianloca Castiglioni para el Palacio Legislativo de Montevideo.

He tenido ocasión de ver detenidamente las esculturas,—grupos y ínfros,— que el escultor Castiglioni remitirá dentro de breves días a Montevideo, para que, traducidas al mármol, sean colocadas en el cuerpo avanzado de la fachada de la Cámara de Representantes, en el Palacio Legislativo.

Si se ha dicho que la obra de arte debe mirarse desde el punto de vista de la función que va a desempeñar, nunca tan acertado como en el presente, en que colocadas en su destino estas esculturas, completarán y ligarán magníficamente los espacios que el arquitecto Moretti dejó libres.

En verdad se trata de obras decorativas, pero decorativas en el alto sentido del término, no en la expresión desnaturalizada con que se están acostumbrando las gentes de ahora.

Miguel Ángel no hizo sino obras decorativas, y ¿qué sería de ellas si las sacáramos del medio en que orgánicamente viven?

Así Castiglioni, que tanto se acerca en el carácter al Maestro, ha comprendido la unidad y el detalle de su obra.

Esta comparación no es exagerada; se me ocurrió sin reservas, y puedo decir que hasta con entusiasmo.



Los dos grupos laterales del friso que va a ser colocado en la entrada, son gigantescos; figuras altas de más de cuatro metros, de realización sintética y fuerte, adaptadas perfectamente a la altura y distancia con que deberán ser apreciadas; una vez en el mármol tienen que resultar imponentes.

Y es notable señalar cómo dentro de la manera larga y viril que el escultor ha adoptado, se destaca la suavidad y morbidez de las figuras femeninas, junto a la expresión robusta y vibrante de músculos de las figuras varoniles.

El concepto que domina los grupos es claro, sano y elocuente. Casi ocioso resulta explicarlo. Es el representante nacional que tutela el trabajo de los campos, la industria y la fecundidad; es el agente que aparta escoria y traba, pasado y presente, para ayudar el avance de las fuerzas jóvenes y renovadoras por cuya virtud el mundo crece; la ciencia alza sobre el legislador la llama de su antorcha.

El friso, más reducido de proporciones que los grupos, pero ejecutado y concebido con el mismo vigor, ostenta en su mitad una fuerte y hermosa figura de sembrador, el parlamentario que siembra sus ideas. A la derecha, una serie de figuras armoniosas y bellas que simbolizan la preparación de la labor agrícola; a la izquierda, la cosecha, y a sus pies un conjunto de hermosísimos niños que ligan y completan el todo con un motivo de gracia de bonito efecto.

Mejor que mis palabras, hablan sin duda las fotografías que documentan esta crónica, y que el escultor obsequia a Peñasco por mi intermedio, con ánimo gentil y generoso.

PARTE DEL FRISO DE LA CÁMARA DE REPRESENTANTES



ESCOLTURAS DE GIANNINO CASTIGLIONI PARA EL PALACIO LEGISLATIVO

A los grupos y friso que se destinan a la sala del Senado, no me refiero, por cuanto recién termina Castiglioni los bocetos definitivos. Sólo quiero anticipar que van a diferenciarse en línea general de los que ya están contruidos para la Cámara; y que, mientras aquellos tienen un carácter dinámico y casi tumultuoso, como conviene al Parlamento joven, los del Senado se uniforman con solemnidad y rigidez apropiada, según es el carácter majestuoso de la Cámara alta.

El autor de estas esculturas magníficas, que serán pronto orgullo del Palacio Legislativo, es una simpática y joven figura de artista, que se considera y aprecia mucho en la Italia nueva. Estudió en Brera, con Butti, el maestro robusto y consolente. De carácter oxuberante, espléndidamente organizado, Castiglioni es el tipo de artista puro que la vida aguarda para coronar de triunfos. Medallista, estatuaria, dibujante, pintor, todo lo es y lo hace. No como dilatante, sino como artista de verdad. Y tanto, y tan alto, que tiene ya algunas obras de reconocido valor.

Como trabajador, sus recursos son sencillísimos; no adopta posesas ridículas ni se encierra en talleres olímpicos; trabaja con alegría y empuje; la elígie clásicamente latina; la palabra fácil; el gesto amplio.

Nosotros, que tuvimos la suerte de conocerle, podemos enorgullecernos de contarle entre los grandes escultores modernos que están enriqueciendo en arte y belleza la tierra uruguaya: Zanelli, Moretti, Bistolfi, Castiglioni...

EDUARDO PRATI.

Milán, 1923.

EDUCACIÓN

Los Museos Escolares

Cada vez que me veo obligada a contemplar uno, siento una sensación semofauto a la que produjo la vista de un cementerio.

Cuando daba mis primeras lecciones de enseñanza froeboliana, solía decir a mis oyentes, que para mí, en la designación de esos acopios de materiales con que se enorgullecen algunas escuelas, sustituía por una B, la M. (1)

Pasaron años desde que eso se me ocurrió decir y tengo la satisfacción de saber que alguna de mis discípulas, maestras de entonces, acreditada profesora hoy, repito en clase, apoyándola, la simbólica expresión; pero poco valor dan los hechos al comentario verbal.

Los museos, no sólo se conservan; suelen tener períodos de gran esplendor, en que hay quien señala el mérito de lo coleccionado, como exponente del adelanto escolar.

Por raro contra-sentido, ésto ocurre ahora con motivo de la interpretación diversa que se ha dado, en el ensayo de los nuevos programas, a la parte titulada "La Naturaleza", cuyo espíritu está reñido con todo

(1) Referencia al cementerio del Baco.

lo que se refiere a la muerte, no siendo para explicar ésta como un fenómeno de renovación y evitar su llegada, todo lo posible, en el curso de la vida nuestra.

Me anima por eso el deseo de tratar el punto relativo a los museos, ampliando con tal motivo las Sugerencias que van escritas en los programas referidos, tocante al grupo de materias ligadas por la corriente de vida que surge de las energías del suelo, culminando, para nosotros, en las espirituales del humano pensamiento.

Es de sentir que maestras inteligentes consagren horas y días al archivo de plantas secas, a juntar pedacitos de madera, a ordenar y enfrascar semillas, colocar sobre cartones, con minuciosa prolijidad, retazos y hebras, que, moñándose, el tiempo pronto devora con los rayos ultravioletados, la humedad y el polvo, acabando por formar cultivos de microbios, que en el campo del microscopio tendrían magnífico lucimiento.

Como la desviación de rumbo pronto ofusca, se sue- lo caer en el error de confundir el lujo de la caligrafía, del dibujo y del trabajo manual con las maravillas de la naturaleza.

Los que saben armar honitos cuadros, si consiguen materiales, de verdadero valor, pueden hacer obsequio de ellos al Museo Pedagógico, cuyo fin especial requiere buen acoplo para el estudio analítico. En ese establecimiento está todo dispuesto para exponer los objetos.

Aún prescindiendo de lo dicho, debemos considerar que se gasta dinero, material, tiempo y espacio para tener las cosas detrás de un vidrio y no mirarlas en oportunidad.

Con intención de enseñar, por ejemplo, cómo se saca provecho de la piel de los animales, se tienen en orden, bien recortados, pedacitos de cuero de clases

diversas. Los 50 o más niños de un grupo, en el curso de una lección, ¿pueden acaso ver todo eso como se pretende que ven visto? El cartón debería quedar en las manos de cada uno de ellos, durante más de un minuto, lo que exigiría, por lo menos, una hora dedicada tan sólo a la presentación del material. Agréguese el tiempo requerido por la explicación y se comprenderá fácilmente que la simple lección del cartón, para ser dada de acuerdo con lo que se propone al maestro al preparar el cartón, sin que las anotaciones puedan ser leídas, reclama una duración que, me atrevo a asegurarlo, ninguna libreta de lecciones concede.

Por ese motivo solamente, el musco escolar encierra una farsa mantenida por la rutina que a nuestro lado va siempre, buscando el escudo de nuestras debilidades.

Como la facilidad para conseguir y catalogar requiero un conjunto de habilidades no común, por, desgracia, suele hallarse la inconsciencia de esos hechos en distinguidos maestros que empiezan por perseguir bien un propósito, y luego se alucinan con la belleza aparatosa del trabajo manual.

Por la inevitable sucesión de las obligaciones reglamentarias, lo que una vez se hace mal en la escuela, casi siempre se repite antes de examinar debidamente los resultados y esto acaba por desvirtuar un buen criterio, en algunos casos; lo que da motivo a pedagogos eminentes para decir que, en prueba de mérito, cuando del maestro se trata, la práctica no basta.

En los muscos escolares hay un peligro de cristalización para las facultades.

Las lecciones de "La Naturaleza" no deben darse con muestras procedentes de los armarios, a no ser,

en oportunidad de alguna cosa original, especialmente conservada.

Para enseñar que el producto industrial llamado cuero se obtiene curtiendo la piel de los animales, puede haber algo mejor que un guante, modelado con la viva impresión de la última postura, el zapato de cada niño, las carteras de que está repleto el vestuario.

La expresión del rostro de los alumnos, donde se dé una lección, sistemáticamente preparada, a base de las muestras del museo y donde se use el procedimiento aconsejado, demostrará pronto la razón de lo que expongo, a quien experimente con la sincera intención de observar resultados.

La tendencia a coleccionar es un instinto humano. Los salvajes nómadas coleccionan, llevando sobre su carno dientes, plumas, conchillas, que van formando a la vez que prendas de adorno, sus muscos de hallazgos y antigüedades, o amuletos, como los que, de tiempo en tiempo, la moda impone, como detalle de gracia, a las niñas elegantes.

¿Quién de nosotros no tiene ese instinto aplicado a alguna especialidad que extiende el yo hasta límites de imaginada representación, en objetos cuya propiedad nos atribuimos con derecho inviolable?

Figuras, libros, retazos, joyas, rarezas, según la edad, el sexo, la ilustración y las inclinaciones, ocupan un lugar, donde, en íntima concentración de espíritu, pasamos momentos placenteros, evocando recuerdos, imaginando obras, tejiendo pensamientos.

Cómo este punto de psicología humana, porque veo en el museo escolar una parte de la obra del instinto; pero el valor que da la individualidad a lo que cada uno guarda, no existe en el museo de la escuela; queda en él lo insulso, lo anperfluo, lo engadoso, lo vano.

Se piensa que los niños aprenden a interesarse por el bien común, contribuyendo a formar un tesoro para el progreso de todos; pero el mismo fin se obtiene por otro camino, con mejor resultado.

La inmensa satisfacción que siente el niño cuando entrega una piedra, un animal o una planta rara, un objeto cualquiera de los que se creen dignos de ser conservados, se extingue casi siempre poco después de haber pasado el obsequio de las manos del alumno a las del maestro, por mucho que sea el encomio con que éste enaltece al donante.

El regalo pasa en seguida al armario. Se clasifica o no; pero en ningún caso, enseña ese día, debidamente, todo lo que puede interesar, mirándolo.

¿Qué distinto sería el resultado, si tan pronto como lo permitiera el horario de clase, se diera una lección improvisada, traspassando la que figurara en el plan preparado?

El maestro revelaría su erudición y su talento, lo que aumentaría su prestigio en la escuela; porque los alumnos, por pequeños que sean, saben comprender cuándo la capacidad profesional es superior, cuándo no se debilita en las sorpresas.

Dando la lección en la forma aconsejada, puede verse por la alegría del donante, por el interés de todos los oyentes, por los efectos, en días sucesivos, la diferencia que existe entre una piedra que va de mano en mano, poco después de su desprendimiento de la tierra madre y las que se muestran lujosamente rotuladas, engarzadas con vistosos cordoncitos, en los museos escolares.

En un número de la revista "Educación", leí últimamente, con placer, un artículo del inteligente profesor señor Hipólito Coirolo, destinado a desprestigiar las exposiciones, por lo que tienen de farsa.

Podemos asegurar que si la sinceridad difícilmente

encuadra en la exposición, la vida real, la ciencia de la naturaleza, la que anima a la industria y al comercio, la verdad de las cosas y de los fenómenos, tampoco entran en las vitrinas del museo.

Pero todo radicalismo es injusto. Seríamos impíos si procediéramos siempre con espíritu de indiferencia en lo que a conservación se refiere. Muchas veces debemos disimular la necesidad irremediable de dar fin a una cosa porque se trata de un liviano obsequio que el niño cree obra sólida, de mucho mérito; un insignificante dibujo, una flor marchita, la piedra referida, un trabajo de cartón sin base suficiente para sostenerse. Eso debe tener un lugar para lucir y extinguirse luego, sin amargar, con brusca desilusión, el alma del niño.

¡Qué hermosos y fecundos en enseñanza son el museo y la exposición formados con esos objetos imperfectos, pobres, deslucidos para los ojos del vulgo; magníficos para los de la inocencia que sueña!

ENRIQUETA COMTE Y RIQUÉ.

Notas Bibliográficas

"Voz de vidaña"—Poesías—Por Julio Raúl Mendilaharsu—Montevideo—1923 G

La luna de J. Julio Raúl Mendilaharsu, templada está para los raudales sanos, que se deben decir en voz alta.

Este nuevo libro del poeta, no tiene ninguno madrigal amoroso con gracia de piratías, no tiene tampoco aquellos otros cantos que arrullan como palcoscos, todo él es una "voz de vidaña", potente y rítmica, que grita su anhelo, de uno a otro confín.

Y como la vida cuando es vida, rueda en el eco sobre la tierra y sobre el mar, así se expande en cielo abierto la amplia sinfonia de un canto, que lleva y trae tristezas y recuerdos, rebelde y caparrosa, cosas humanas, comunes y contingentes, que vuelban el mundo, y que al fin ya sabemos de dónde salieron al nacer con nosotros, al caerlos cayendo del cielo, al van surgiendo de la tierra.

Toda la rebeldía, toda la fraternidad, toda la inquietud sinfónica de una voz poética, que expresa su idealismo y que sufre por todos y por todos se acuerda y suena, he ahí este libro grandilocuente, que parece compuesto, en la modernidad del siglo, no para el silencio de la biblioteca o la latitudad dulcísima de la mesa, sino para el alto parlante y el vasto auditorio.

Mendilaharsu vive siempre sus versos con el hálito lejano de las aguas salinas, con la brisa fuerte y dura de la tarde, con el aire rillo que hace sentir cosas sabrosas.

Poeta sentimental y poeta intelectual poeta dos veces, entonces tiene los dos métodos del conocimiento: el afectivo y el intelectual. No desdeña ninguno por otro es la más despretenciosa de sus páginas, uno que los unifica unidos, en todas ellas, para que la idea y la emoción le den el doble aspecto de la vida.

Yo no sé aseguradamente, si ello conviene a la esencia del poeta, pero sí bien escucho Julio Raúl Mendilaharsu se diferenciaría de todos nuestros poetas. Su personalidad no tiene parentesco con las manías de hoy, ni sí con las de ayer. Es libro impaciente, verbal y formal.

No hace guirruñidos enroscados sino cuadros murales, no levanta cinescopios de latón pilistada, que semejen fuentes en el rincón en sombra del jardín, sino como plata árboles de cuello robusto y ramas verde.

das, en el margen de los senderos. No quiere ser el pájaro que llena de máximas el aire sin saberlo, pone su voluntad en adornar, su canto con docinas de bronce o de cristal, que requiera técnica.

Y con el alma intrépida, ardido en sueños y en recordaciones, rebelde y irate, va derrochando el oro legalito, va cuidarse de otra cosa que no sea vivir en el valén espiritual del mundo. Así es como todo lo interesa y lo golpea: el lírico que muere, la esperanza rota, el amigo que vuelve, el campo que cambia, la ciudad que acrece. Y entre el voltear de los días, deja caer sus raras, con grave y ardiente fervor.

Mendilaharsu tiene también los dones máximos: ruidos la estrofa y la pale y la cincela, alambra y vendimia todos los años, en la fertilidad de su granja, como un trabajador que no se cansa, ama al mar así más que al entrecoraje oscuro o a la postura vanidosa, y posee como pocos un hondo sentido del tiempo que pasa y que nos sobrevive, y que por eso mismo quisieramos atrapar.

Si fuera obligada la cita con que certificar tanta alabanza, y demostrar de paso en qué páginas encontramos mejor el tono y más bella la armonía, señalémos "A Sbachleton", "La Bottigliaria", "La el Pier Hotel", "Ante la rada".

Y terminemos dándole el doble agradecimiento de la amical dedicación de "El agua de los torrentes", y el del bien sonoro y total de su libro, que nos dió una tarde poblada de jureta y estremeida de quimeras, frente al balcón humilde desde donde miramos desatarse el paisaje suburbano. —F. M.

Vida.—Formas de Carlos Eibat Ercaay.—Montevideo—1923

Es tarea bastante difícil concentrar en una pequeña nota crítica un juicio sobre el sentido estético y la manera absolutamente personal de este robusto poeta.

Fantas "vidas" están, en realidad, bastante fuera de la órbita vulgar de la vida, son una especie de símbolos humanizados, hijos de una fantasía violenta y pictórica de imágenes, en las que el poeta concentra los atributos de una modalidad de la belleza, no son carne florecida de bellos atributos, sino frutos mismos que han florecido en carne.

"La joven que dañas y sorre" es la alegría humanizada. "La joven del fuego" es la misma llama convertida en mujer adolecente. "El hombre del bosque", la misma alma animada.

Así, la mayor parte de estos versos, o, mejor dicho, de estos en latín, excepción hecha de "La joven de los campos", única real muestra humana, planam y andan un poco lejos del círculo habitual en que se mueven y andan nuestros poemas y pensamientos y, así directamente por el hecho de sernos distintos, no consiguen causar la emoción, aunque cambren por su fuerza, sus actitudes y su belleza.

Esta falta de humanismo ha sido el reproche que más insistente

mente se ha hecho a la obra de Sábaf Erasty, hay en esto, a nuestro juicio, un poco de incomprensión del espíritu del poeta y de su genuino modo estético.

Quien tenga un concepto liberal del arte no puede exigir a nadie que sea lo que no ha querido ser, ni debo juzgar por lo que falta sino por lo que hay.

Por lo demás, "Vidas" vuelve a revelar las brillantes condiciones de este poeta, vastedad de concepto, amor a la naturaleza y al ímpetu de las fuerzas cósmicas, expresión trágica, virtudes ya reconocidas por la crítica hispanoamericana y que hacen de Sábaf Erasty una de las figuras representativas de nuestra lírica.—J. M. D.

Campanas en los atardeceres.—Poemas por Lois Victor Barbé Pérez.—Montevideo—1953

"Libro de mi corazón", así llama el autor a estos poemas, que no dedica a una novia, sin embargo, sino a Atabalaya, "pueblo querido, que tiene muchas camisas, con sombras de paraísos y sendas que huelen a rosas, que tiene una capillita blanca y una curiosa plaza verdeada, que tiene campanas en los atardeceres".

Puede decirse que así también se nos aparece el alma de este poeta, como el pueblo de su amor simple, sombreada, aromada y verdeada, con un santuario solitario, en donde tiemblan plegarias ingenuas y donde sueñan locas campanas, más crepusculares, no estante, que crepusculares.

¡Libro de mi corazón!, así a todos los poetas del sentimiento les compiese afirmar que es el suyo, pero ¡cuán pocas veces dejan la impresión—como en este caso—de que, en realidad, los versos vienen genuinamente de esa procedencia!

No puede haber duda alguna respecto a la calidad superior y al alto abstracción lírica de estos poemas. Estamos, en verdad, frente a un real poeta de la emoción, a ese tipo de acedós puros, bien difícil de hallar en esta hora de desorientación poética en que la lírica parece repular su cauce originario para lanzarse detrás de las ideas, de los símbolos, de las imágenes, de las complicaciones por métrica, de los motivos dinámicos, con un final absurdo y, fre cuentemente, lodecificable.

Aquí todo es sencillez, claro y armonioso emoción y expresión pa recen haber brotado juntas bajo el conjuro sentimental, con una rasonabilidad de la copia que soba a los fabios ya música y letra hechas.

Cierta, sin embargo, que la mayor parte de estos poemas carecen de la profundidad emotiva que tiene el dolor y se le romantizadamente delirado, pero eso ni les quita intensidad por flexionem totavia de motivos trágicos e irremediables, no amoran su valer lírico real y sólo indican la juventud de Barbé Pérez, como que no puede serlo reprochada más envidada.

No ha surgido, en los últimos tiempos, mayor promosa dentro de

nuestra poesía, tanto que, para rendirle el mayor homenaje a este nuevo libro, basta con decirle que responde a las esperanzas que permito alimentar este libro tan útil y comunicativamente emocional.—J. M. D.

El Fascismo—Ideario de Benito Mussolini—Por Vicente Clavel—Editorial Cervantes—Barcelona—1923

En la biblioteca de actualidades políticas de la Editorial Cervantes, de Barcelona, acaba de aparecer este libro del prestigioso publicista Vicente Clavel.

Se trata de una exposición de los acontecimientos políticos que originaron el cambio radical y profundo en la vida social de la nación italiana.

El libro expone en forma clara y con abundancia de datos históricos las ideas características del fascismo, la situación actual de Italia frente a la política europea, una síntesis de Mussolini y sus principales discursos.—T. M.

Colonaje romántico—Novela breve, por Angélica Palma—Editorial Cervantes—Barcelona—1923

La Editorial Cervantes acaba de publicar, en su selección de novelas breves, la interesante novela de Angélica Palma, premiada en el Concurso Literario Internacional de Buenos Aires, en 1921.

La hija del autor de las "Tradiciones", prolonga aquí, con oelería y con fuerza, el nombre literario de su padre.

"Colonaje romántico" trata la vida colonial de Lima, el hogar, el gobierno, la familia, la sociedad, el amor.

La novela tiene interés, moralidad, belleza se lee en una hora atrás y conquista.—T. M.

La Máscara Merisca—Por R. Blanco Fombona—Editorial Mundo Latino—Madrid—1923

Este último libro de Blanco Fombona, aunque catalogado por él entre las novelas, es en realidad, una epílepa de la baya tiranía de los Gómez entronizada en Venezuela desde hace doce años y a la que el autor ya fustigara violentamente en dos libros anteriores "Cantos de la prisión y del destierro" y "Judas capitolino".

Cuando se acaba de ver a un ilustre compañero peruano fraudulento y entregándose a la dictadura, resulta doblemente grato que otro espíritu representativo del alma sudamericana siga a la jaula, Negro le corra, "a cumplir su deber de ciudadano, epílepa de la cara de los bandidos y relatando las escenas feroces en que un cobardía se complace."

Sólo por una cosa, por sus contragolpes, pueda exaltar la esclavitud. Vede como la tiranía, en efecto, ha ocasionado el heroísmo, ha hecho de las palabras más candentes ha impreso las más ardientes tentativas y las más sublimes sacrificios. La mayor contribución a la vida estatutaria la han dado, aunque parezca paradójico, esta especie monstruosa de hombres en los que parecen concentrarse

todas las redes antipáticas, la del dominio, la de la sangre, la de la avaricia, la de la crueldad

Es cierto que la dictadura, en algunos momentos, puede ser un mal necesario y que es un fenómeno casi natural en la evolución de las democracias embrionarias, un episodio sociológico que es preciso estudiar serenamente. Pero la tiranía nunca justifica al ruij tirano. Usar la omnipotencia del poder para cometer estupros lmpunamente, para robar a mansalva, para matar por el simple hecho de que los ciudadanos andan por las calles después de las diez de la noche, tal como Blanco Fombosa nos plantea en este libro al actual dictador de su patria, es algo verdaderamente repugnante y que indica un grado de acortesia profunda en el pueblo que lo soporta.

En verdad, las sociedades del Río de la Plata están constituidas nalmente muy avanzadas y orientadas de modo definitivo en el camino del orden y la libertad. Ya no podrían estos pueblos ser más vejados por hombres de esta clase y es nos hñce tan imposible imaginarnos una tiranía.

Bien mirado, por lo demás, a excepción del Rojas argentino del año 39, el que, a pesar de todo, era el jefe de un partido político netamente orientado, el federal, no hemos tenido cerca representantes de esa clase, a la que el notable autor de "Dramas mínimos" bautiza con el nombre de bárbarocracia.

Latorre, considerado como el as de nuestros dictadores, en cierto sentido fué un civilizador, destruyó el caudillismo analfabeto, encargó a José Pedro Varela la reforma escolar, desinfectó de malhechores la República, frecuentemente hizo justicia a los débiles, encargó a Unstros jurasconchitos la redacción de nuestros códigos y personalmente fué un hombre de honestidad absoluta, que bajó poder del poder. Y no hablo de los progresos materiales, no sólo por que estos son de segundo orden sino porque no hay tiranía que no pretenda justificarse con las obras públicas que ha realizado y que en el fondo, no han sido más que bellos motivos de rapina y de explotación para el autócrata.

¡Cuán lejos, pues, nuestro Latorre, con todos sus defectos, de este Gómez venezolano que Blanco Fombosa muestra al dedaño en este libro, libro tanto más notable cuanto que el autor no se limita sólo a retratar al tirajo, sino también la satrapía! Así aparecen en sus páginas una serie de tipos interesantísimos, no porque sean difíciles de hallar en cualquier parte, sino porque la tiranía agudiza violentamente sus rasgos. Recus de mercedera, es decir se juntan el adúlador que explota la vanidad del todojovierco, el incondicte nal que trabaja con su poderío, el descubridor de complots que co mercia con su mñda, el proceseta que saca jugo de sus vicios. Y más abajo, el bloc social sobre cuya carac paralizada alienta sus pies el déspota, pero en el cual también se van acumulando hasta, fatalmente, las energías del rayo fulminador y libertador. Todo pintado y dicho de modo maestro, lo que hubiera sido interesante añadir, tratándose de Blanco Fombosa, estriba de primera magnitud en el cielo espiritual del continente.—J. M. D.